

El proceso democrático y la ocupación

Marc-Arthur Fils-Aimé

Director del Instituto Cultural Karl Levêque.

Traducción: Gabriela Cabantous.

Resumen

El artículo recuerda el papel de los movimientos sociales y de los revolucionarios en la apertura del camino a la democracia y sostiene que el actual régimen electoral perpetúa los 200 años de exclusión política de las clases populares.

Abstract

The article highlights the role of social movements and revolutionaries in the opening of the road to democracy and maintains that the current electoral system perpetuates 200 years of political exclusion of the working classes.

Palabras clave

Democracia; Ocupación; Revolución; Partidos Políticos; Izquierda.

Keywords

Democracy; Employment; Revolution; Political Parties; Left.

Cómo citar este artículo

Fils-Aimé, Marc-Arthur 2008 "El proceso democrático y la ocupación" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VIII, Nº 23, abril.

La dictadura de los Duvalier duró casi treinta años, más exactamente veintinueve. Las fuerzas democráticas burguesas y revolucionarias intentaron, por razones e intereses distintos y hasta incompatibles, varias formas de lucha para combatirla. Sin embargo, los esfuerzos de estas dos corrientes no son apreciados de la misma forma. Con mayor frecuencia, la opinión general tiende a poner de relieve las invasiones planeadas por la CIA, organizadas por las fuerzas de derecha, la tercera de las cuales fue la de Bernard Sansarique, cuando fallece el gran periodista Richard Brisson. La clase política tradicional y los historiadores de derecha, entre los cuales podemos contar hoy una camada de renegados, intentaron subestimar e incluso negar la valentía, el coraje y la inteligencia de los camaradas que sacrificaron su porvenir y sus vidas. El único objetivo que anhelaban fue sacar a Haití de la encrucijada del subdesarrollo. La historia de los últimos veinte años, especialmente en Haití, como así también en los países latinoamericanos y caribeños, para mantenernos dentro de nuestra esfera geográfica, demostró claramente que la revolución es el único camino que nos queda para salir de la crisis estructural.

Nos reservamos el nombrar a todas las organizaciones revolucionarias que se dedicaron, en la más estricta clandestinidad, a la tarea de contribuir a la formación de una conciencia política e ideológica crítica en los jóvenes intelectuales, en la clase obrera, los pequeños agricultores y las masas populares rurales y urbanas en general. Los miembros de estas organizaciones no buscaban su poder personal. Su noble objetivo era ver brillar el gran día, tocar con los dedos la gran utopía de la liberación real y verdadera. No obstante, parece oportuno aprovechar esta gran ocasión, la de la inauguración oficial de la Fundación Gérard Pierre-Charles, para homenajear la memoria de Gérard, la del Partido Unificado Comunista Haitiano (PUCH) y la de todos sus camaradas, o mejor dicho todos nuestros camaradas torturados y asesinados. Instruyeron a muchas generaciones sucesivas sobre el deber y el honor revolucionarios. Nos peleamos entre nosotros, pero fueron peleas fraternales y no fratricidas, en búsqueda de la línea justa. Proclamamos en voz alta que las últimas arremetidas populares que arrastraron al exilio, el 7 de febrero de 1986, al jefe de los "macoutes", Jean Claude Duvalier, y a algunos de sus más fieles compañeros, fueron en gran medida la obra paciente de muchos militantes comunistas y progresistas haitianos. Deberemos dedicar un momento a la autocrítica sincera, para analizar por qué nuestra victoria nos fue robada con tanta facilidad, sin ninguna dificultad, por la derecha misma, inclusive con injerencia de potencias imperialistas, principalmente Estados Unidos y Francia. La colaboración tradicional de la burguesía oligárquica y de la alta jerarquía de las Iglesias católica y protestantes les allanó, sin duda, el camino, ese camino que se nos viene escapando desde el voto de la Constitución, el 28 de marzo de

1987, el de la democracia representativa. Esta última, ha legitimado hoy la formación social haitiana que siempre ha sido eminentemente exclusivista.

¿Cómo hablar de democracia en la coyuntura actual?

El 16 de diciembre de 1990, Haití tuvo las primeras elecciones libres de su historia. Las anteriormente conocidas como elecciones directas e indirectas que llevaron al poder a todos los presidentes anteriores a Aristide emanaron siempre del poder de las armas. A pesar de todas las sucias maniobras de todas las fuerzas oscuras, la voluntad popular supo esta vez imponer su voz. Desgraciadamente, una gran parte de la izquierda revolucionaria que analizó muy mal la coyuntura, apoyó por completo a un hombre, en vez de esforzarse por construir un programa concreto y coherente que respondiera a los deseos de la gran mayoría de los desheredados del sistema socio-político y la economía dominante, esencialmente injusta y no igualitaria. La movilización popular se prestó a la posibilidad de tomar el poder real y sus principales aparatos, teniendo en cuenta la dimensión de las batallas que en casi todos los frentes libraron los estudiantes, los jóvenes de los barrios populares, los hombres y mujeres intelectuales progresistas y la clase pobre del campo. La masacre de los campesinos en Jean Rabel, llevada a cabo por los "grandons", tuvo lugar el 27 de julio de 1987. La sensibilidad prevaleció sobre la razón. Hoy pagamos muy cara nuestra inconsecuencia.

El golpe de Estado sangriento dirigido por el Estado Mayor del ejército de entonces, detuvo esta nueva experiencia democrática salida de las urnas, que ya comenzaba a escapársele a la gran mayoría. Aristide mostró ciertos signos de debilidad que inquietaban a quienes seguían de cerca el proceso. Aproximadamente tres años después, la comunidad internacional nos presentó otro perfil de aquel que decía ser la encarnación de las reivindicaciones seculares de las masas. Con el acuerdo de París, por el contrario, Aristide utilizó su popularidad para asentar el neoliberalismo, iniciado por Jean-Claude Duvalier, y reforzado tras la caída de este último, por el Consejo Nacional de Gobierno, por uno de los partidarios de los Chicago Boys, en este caso Lesly Delatour. La segunda ocupación del país por las fuerzas yanquis, infiltradas en una supuesta fuerza internacional de Naciones Unidas, no sólo puso nuevamente en el Palacio Nacional a un presidente depuesto en forma violenta e ilegal sino que también impuso un proyecto antinacional cuyo elemento fundamental fue la privatización de los recursos naturales y del patrimonio público.

Desde entonces, Haití se embarca en una movida electoralista que extiende los dos siglos de exclusión de las masas populares. Las elecciones nos cuestan muy caro, favorecen a contrabandistas y traficantes de droga de cualquier calaña. Muchos candidatos y candidatas se presentan

«La carrera electoral, extraordinariamente despilfarradora, en general, deja de lado a los menos ricos y más pequeños que para su desgracia no tienen la capacidad o la voluntad de dejarse llevar por traficantes, contrabandistas y embajadas hegemónicas»

para puestos electorales solamente para aparentar, para poder calificar de persecución política cualquier acción legal en su contra. Esta plutocracia fue impulsada por la Constitución que exige que los candidatos a los cargos electorales más altos posean bienes inmuebles. Esto no deja a los electores ninguna posibilidad, ni espacio para destituir a un candidato electo que no respeta sus promesas o abusa de su confianza. Una vez instalado en la reducida clase de la élite, ese elegido tan sólo tiene

que rendirle cuentas a sus pares. En la actualidad, la democracia representativa cayó en una doble trampa en Haití. Primero, con la ocupación, los poderes públicos y estatales se vieron obligados a actuar según los dictados de las potencias internacionales que responden a sus propias agendas y son fieles a sus poderes, y no están a favor del pueblo sino a favor de las consideraciones neoliberales ciegamente impuestas dentro del marco del totalitarismo de mercado

del tonto pensamiento único. La carrera electoral, extraordinariamente despilfarradora, en general, deja de lado a los menos ricos y más pequeños que para su desgracia no tienen la capacidad o la voluntad de dejarse llevar por traficantes, contrabandistas y embajadas hegemónicas. Los gastos por candidatura exigidos en los distintos consejos electorales provisorios, los CEP, son tan elevados que los de menores recursos se ven obligados a enarbolar banderas de un partido político con el que, a veces, no tienen ninguna relación orgánica. Los espectáculos anárquicos en municipios, Cámara de Diputados y el Senado son síntomas de los falsos representantes de los partidos políticos.

¿El movimiento se desarrolla paralela o independientemente de los partidos políticos?

Los políticos tradicionales se quejan de la falta de apoyo de las masas populares. Es cierto que estas últimas siguen cayendo en las redes de los candidatos reac-

cionarios en el momento de las elecciones, debido a la ausencia evidente de una fuerza revolucionaria de izquierda estructurada y responsable. Una cantidad considerable de militantes controla las organizaciones populares rurales y urbanas. Estas todavía se organizan en forma de agrupaciones, demorando el momento de unirse para ofrecer una alternativa a esta situación de miseria espantosa e indignante en un país donde el agua se desperdicia teniendo al lado llanuras secas. Sin embargo, a pesar de cierto impulso exclusivamente electoral, la falta de confianza se nutre de razones objetivas. Las campañas electorales son adornadas con toda clase de promesas, aun por parte de quienes no dependen de las funciones constitucionales de los candidatos en carrera. Al escuchar a un candidato a diputado o senador, pareciera que no hay nada que éste no pueda emprender o ejecutar una vez electo. Sin embargo, cuando consiguen ganar el puesto, la mayoría se contenta con sumarse al gran número de depredadores del tesoro público. De todas formas, la dirección bicéfala del gobierno, que tal vez tenga algún mínimo margen de soberanía y autonomía, depende del dinero de la llamada comunidad internacional para financiar los proyectos que encajan en el plan de dicha comunidad manteniendo así la relación de dependencia del Estado haitiano para con ella. ¿De qué manera podrían las masas populares librarse, en cuerpo y alma, de este tipo de clase dirigente que desde el día siguiente a la proclamación de la Independencia, el 1 de enero de 1804, jamás dejó de engañarlos?

Contrariamente a ciertas ópticas que sostienen que las organizaciones populares mantienen una existencia paralela a los partidos que ocupan la delantera de la escena política, creemos en cambio que las organizaciones buscan de manera independiente su camino para romper la cadena humillante de explotación y dominación. La ausencia de una estructura revolucionaria que acompañe al pueblo en sus batallas cotidianas hace que esta gestión sea más difícil. El movimiento popular sufre enormemente por esta carencia. La oposición de izquierda sufre aún la caída del sector socialista, a pesar de los inconmensurables errores de este último, como el alineamiento precoz de más de uno al reino del presidente Aristide, la represión salvaje de los militares y de todos sus esbirros, y la decapitación de las organizaciones populares mediante la emisión deliberada de visas por parte de la embajada estadounidense a sus militantes más combativos. El sector revolucionario se encerró en sí mismo. El conjunto de elementos muy brevemente expuestos en este coloquio nos hacen admitir que el porvenir de la democracia representativa en Haití no parece ser muy alentador. La incompatibilidad entre la elección de las élites dirigentes –sujetas al proyecto antinacional de los “grandons”–, la de todas las fracciones de la burguesía y la voluntad popular debe desembocar en una situación en la que el

mercado y uno de sus corolarios –el dinero– no tengan más fuerza de ley. Las necesidades de todos serán la principal prioridad de los responsables locales, regionales y nacionales, ya que se someterán a la voluntad popular. La ayuda internacional incondicional nos servirá de apoyo para la construcción revolucionaria, pero dicha ayuda no podrá volver a ocupar un lugar fundamental en el presupuesto nacional como lo hizo en el presupuesto del año fiscal 2008. Los fondos prometidos, si no llegan, como lo hemos constatado desde la caída de Aristide en febrero de 2004, no podrán detener nuestro desarrollo. El pretendido subdesarrollo que nos asfixia proviene de una elección política de la dominación más que de la falta de recursos naturales. El despegue será resultado de decisiones políticas sabias, tomadas junto con las masas populares de las ciudades y del campo. Como bien lo señaló Fritz Deshommes en su libro titulado *Haiti, la nation écartelée* (Haití, la nación descuartizada), la población haitiana se ve enfrentada a dos visiones socio-económicas opuestas: el plan estadounidense y el plan nacional. Estas dos ópticas han demostrado ser irreconciliables a través de toda nuestra existencia como pueblo. Toda tentativa de fundirlas en un solo proyecto no es otra cosa que demagogia y está condenada al fracaso.